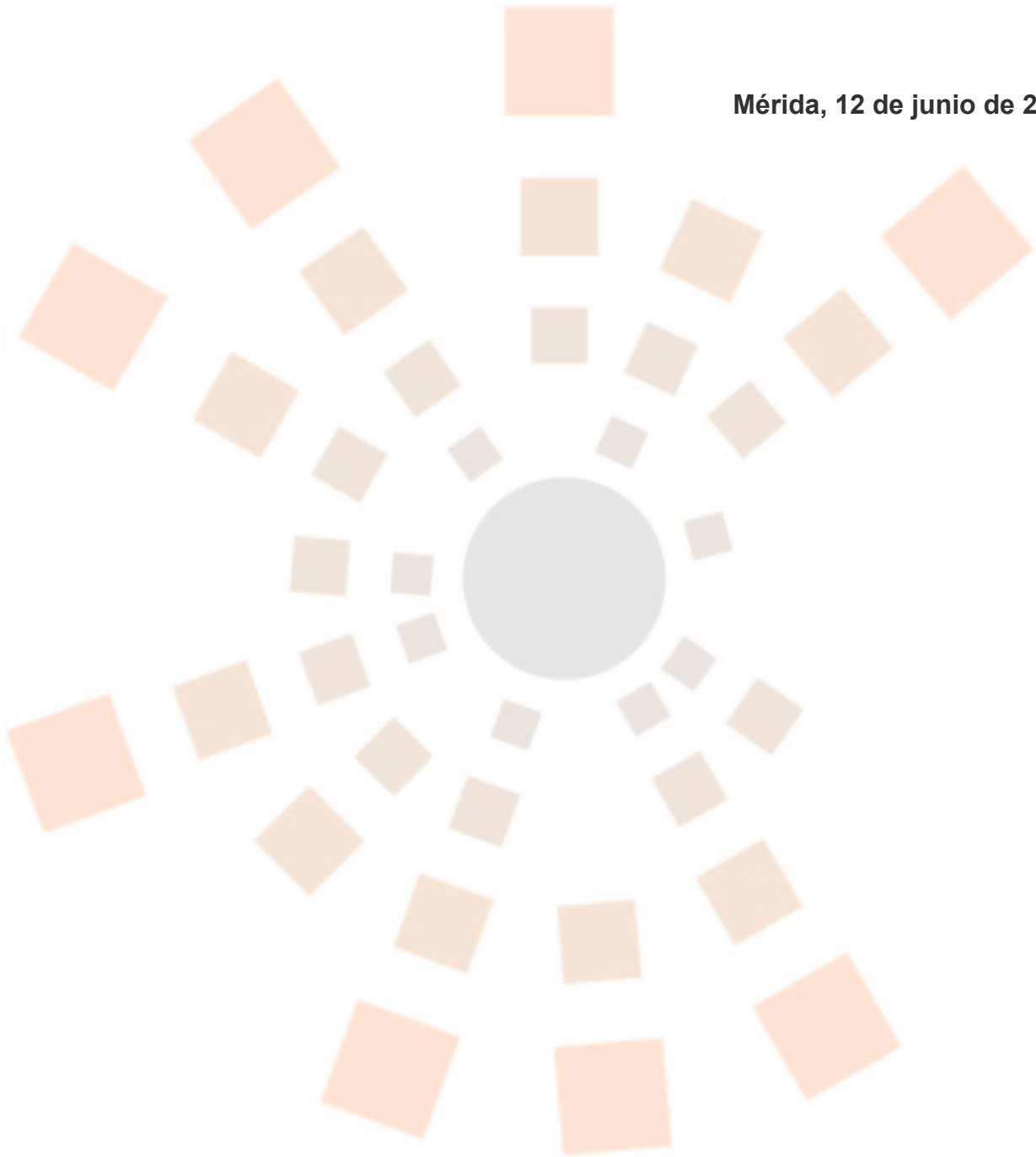


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LA ENTREGA
DEL PREMIO ADOPTA, OTORGADO POR LA ASOCIACIÓN
NACIONAL EN DEFENSA DEL NIÑO EN EXTREMADURA (ANDENI)**

Mérida, 12 de junio de 2004



INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LA ENTREGA DEL PREMIO ADOPTA, OTORGADO POR LA ASOCIACIÓN NACIONAL EN DEFENSA DEL NIÑO EN EXTREMADURA (ANDENI)

Mérida, 12 de junio de 2004

Pues yo que tengo fama de hablar mucho, como ha dicho Fernando, hoy voy a hablar muy poco, porque si hablara mucho, seguramente el calor haría que mis mejillas sudaran. Y por lo tanto no quiero pasar por ese trance.

Miren, cuando estaba viendo la figura, la cigüeña con el niño, me acordaba de aquel dicho de hace años, cuando yo era muchacho, que decía que cada niño venía con un pan debajo del brazo. Y seguramente en aquellos tiempos, y antes de que yo fuera muchacho, seguramente era verdad, seguramente un hijo, una hija, muchos hijos, muchas hijas, traían un pan y contribuían a solucionar las carencias que entonces había en la sociedad.

Yo tengo para mí, que frente a aquellos que piensan que la familia cada día se va deteriorando más y que la familia está en crisis, tengo para mí que la familia está cada día más unida, porque ya no recibimos a nuestros hijos pensando en el pan, sino que recibimos a nuestros hijos sabiendo que nunca nos van a dar nada material, nunca.

En mis tiempos de muchacho, y antes de que yo fuera muchacho, sí había una cierta relación económica en la familia. Los padres tenían hijos, esos hijos se casaban, vivían en la casa del padre y de la madre, y ahí había un pacto implícito, no escrito. Yo mantengo a mis hijos a cambio de que mis hijos me mantengan a mí cuando yo sea mayor. Era un sistema de bienestar social *sui generis*, unos se necesitaban a otros y otros se necesitaban a unos, y había, seguramente y sin duda, había amor; pero también había un cierto negocio. Ahora que se dice que la familia está en crisis, yo creo que la familia que se mantiene, sólo se mantiene por el amor, no hay ningún tipo de negocio económico alrededor de la familia, porque todos nosotros, los que estamos aquí y tenemos hijos, sabemos que no vamos a recibir materialmente nada de ellos, incluso sabemos que seguramente terminaremos todos en una residencia de ancianos, porque ninguno de nuestros hijos va a hacer el sacrificio, el esfuerzo y el acto de amor, que hacemos ahora todavía esta generación y que hacían las anteriores, de mantener a sus padres, cuando sus padres no podían valerse.

Así que, ¿qué es lo único que uno tiene cuando tiene un hijo y cuando tiene una hija? Sólo tiene amor y sólo das amor y sólo esperas poder ubicar a estos niños y a estas niñas de una forma más o menos decente en la sociedad en la que vivimos, y eso es todo lo que recibes a cambio, que es muchísimo. Es decir, yo creo que la mirada feliz, la mirada feliz de un niño o de una niña dirigida a su padre y a su

madre no tiene precio, es lo más bello que existe en el mundo. Una mirada cada mes de tu hija que te dice que es feliz, una mirada cada mes. En esta edad de los cuatro o de los cinco es una mirada cada día, cada minuto. En la edad de la mía es una vez al mes. Sí, sí, porque está en el momento de la explosión de las hormonas y de la separación de los padres. Mi hija ya no me acompaña a ningún sitio, entre otras cosas porque dice que yo soy un cartel, que donde quiera que vaya voy llamando la atención y ella quiere no estar cerca del cartel. Pero cuando nos miran, cuando llegas a casa, y de pronto descubres que en un minuto hay una mirada que te dice que es feliz, todo lo demás no tiene precio comparado con eso.

Así que lo único que nos une ahora y por lo que estamos aquí y por lo que tenemos estos hijos, es simplemente por el hecho de esperar esa mirada tan bella, tan limpia, que te dice que es feliz, que te dice que es feliz. Todo lo demás, todo lo demás es casi ingratitud, todo lo demás es inseguridad, todo el día inseguro, ¿estaremos haciendo bien?, ¿estaremos haciendo mal? Todo el día la pelea de la familia, que tú lo haces mal, que yo lo hago bien, que tú no educas lo que yo educo, que tú estropeas lo que yo arreglo. Todo el día así, pero de vez en cuando aparece la mirada y todo queda en paz y todo queda en felicidad.

Miren, yo este premio se lo voy a dedicar a una persona y a una institución. Se lo voy a dedicar a esa niña que en el año 95, en un reportaje de televisión española, apareció en aquellas casas de la muerte, Mei Ming, se llamaba la niña, que movió el corazón de tantos y tantos millones de seres humanos y que seguramente movió el corazón de Fernando y de su mujer, y que seguramente fue el impulso primero que les hizo decir: eso no es posible. Esa niña fue, si queréis, la autora de que todo esto esté pasando, de que todo este sueño maravilloso esté pasando. Esa niña murió al año siguiente, a ella va dedicado este premio.

Y en segundo lugar se lo dedico a los que nunca reciben premios, que son los funcionarios de la Consejería de Bienestar Social, que son los que de verdad arreglan, hacen los papeles, agilizan, retrasan, en algún momento, los trámites, etc. Pero son los que están ahí, son los que están ahí, y a ellos quiero dedicarles también el premio porque sé cómo trabajan, porque he visto en mis carnes cómo trabajan y he visto cómo saben siempre distinguir lo que es una familia para un niño o lo que es un niño para una familia. Y he visto cómo en algunas ocasiones no se sabe entender que nunca nosotros buscaremos un niño o una niña para que una familia sea feliz, sino que siempre buscaran a una familia para que un niño o una niña sea feliz, ahí está la raya. Y cuando alguien llega con la angustia diciendo: por favor denme los papeles, agilícenlo porque, si no, mi matrimonio se rompe. Ya se sabe que esa raya es infranqueable, por ahí no se va a ningún sitio, porque estos niños no están para hacernos felices sino que estás aquí para que nosotros les hagamos felices a ellos, y cuando nos miran con una mirada bella ¿qué más queremos? Somos los más felices del mundo.

Así que a ellos. Y con la dedicatoria de este premio a ellos, un ruego, un ruego. Yo sé que cada vez que Fernando me manda un correo, y nada más que veo Fernando, ya sé que hay que romper la norma. No tengo que leerlo. Después, ya empiezo a leerlo, y efectivamente ya sé que hay un problema de adopción de un niño o una niña, que las autoridades de China o de Perú han considerado apto para el matrimonio, y que sin embargo la Junta de Extremadura considera que la ley nuestra no puede vulnerarse para que ese niño o esa niña pueda ir a esa familia.

Yo debo confesar aquí, ahora que no nos oye nadie, que en alguna ocasión hemos roto la norma. Hemos roto, o mejor dicho, hemos bordeado la norma. Porque por mucho que digan los papeles, por mucho que diga la ley, por mucho que establezca la edad, etc., etc., cualquiera de estos niños, cualquiera de los millones de niños, a los que hacía referencia Fernando, que están en orfanatos, que están en sitios absolutamente intratables, sufriendo lo que no está escrito, por muy pocas condiciones que digan los papeles que tienen las familias que quieren sacarlos de allí, siempre estarán mejor con esa familia que no en aquel sitio tremendo y terrible donde estos niños se crían.

Así que, si alguna vez un funcionario de la Consejería de Bienestar, querida Consejera, rompe la norma, yo nunca me voy a enterar si el resultado feliz es que una familia saca a un niño o a una niña de un sitio donde nunca deberían estar los niños y las niñas del mundo.

Y esta niña que yo cogí en brazos recién llegada de la China, me ha hecho una enorme ilusión que tú me hayas entregado el Premio, una enorme ilusión. Yo puedo decir, puedo decir, que mi hija que hoy tiene trece años y que es fruto del amor, del amor, yo ya nunca, nunca, me acuerdo, de cómo vino mi niña. Siempre recuerdo que al segundo de tenerla en mis brazos era la cosa que yo más quería en el mundo, pero yo ya no sé si mi niña es adoptada o no es adoptada. Ésa es una cosa que de mi mente y de mi cabeza ha desaparecido. Y lo que es más bonito, de mi hija también eso ha desaparecido. Los niños felices no quieren saber de dónde vienen, quieren saber a dónde van. Y cuando son felices, no se preguntan por su pasado sino se preguntan por su presente y por su futuro.

Esta asociación, a pesar de que no faltan a tu lado, cerca de ti y cerca de mí, que están todo el día intentando hacer que nuestros hijos se preocupen de saber de dónde vienen, que no nos ayuden a solucionar ese problema. Que ya lo preguntarán ellos cuando les interese. Porque el niño cuando es feliz nunca pregunta nada, sólo pide amor. Y ése es el amor que ustedes dan y ése es el amor que yo doy, a partir de hoy que me siento parte integrante de esta Asociación con este Premio que me han dado hoy.

Nada más y muchas gracias.